

María Ángeles Álvarez

Un jardín amado
donde descansar



AUDIOLIBRO



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO
—ANAQUEL DE POESÍA, n°135—
MADRID • MMXXIII

De la edición © CUADERNOS DEL LABERINTO
Derechos exclusivos de esta edición en lengua española:
© Cuadernos del Laberinto
www.cuadernosdelaberinto.com

De la obra © MARÍA ÁNGELES ÁLVAREZ SÁNCHEZ

Directora de la colección: ALICIA ARÉS

Ilustraciones © MARÍA ÁNGELES ÁLVAREZ SÁNCHEZ
Fotografía de la autora en solapa © JESÚS GALLO

Diseño de la colección © Absurda Fábula
www.absurdafabula.com



El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está clasificado como papel reciclado.

Impreso por Copias Centro (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Primera edición: NOVIEMBRE 2023

I.S.B.N: 978-84-18997-62-4
Depósito legal: M-31559-2023

Impreso en España.



www.cuadernosdelaberinto.com

*Sumérgete en él con toda tu alma y sin reservas,
lejos de todo lo que no es el Amor, sea lo que sea que te ocurra.*

HADEWICH DE AMBERES

Estábamos en el jardín como tantas tardes, los pájaros bajaban a beber en los charcos. Tomábamos té y leche. Yo te leía lentamente mis poesías sobre las plantas que veíamos cada día ir creciendo entre nosotras, de las semillas que de los dedos se escapaban cada primavera. En un jardín construido año tras año, que iba levantando un lugar único y eterno donde descansar. Nuestro y feliz.

A mi madre Feli Revilla, que nunca me deja cortar una flor y adora los cedros, los arces y los membrillos.



Sonaba una campana de hojas
y el cielo se caía entre las ramas
mientras el sol,
radiante en su mar verde
subía del suelo abrazándonos.

Sonaba una campana
de hojas azules
y el cielo levantaba
las paredes de aire del invernadero
donde descansas,
cama de pradera sobre muros de tejos,
ladrillos podados y transparentes.

Un jardín amado se levanta
lentamente
bañado en los charcos
que tranquilos se sumergen
otra vez.



La tillandsia
fluía
buscando el bosque
de su casa.

Iba mas allá,
suspendida en un hilo
invisible del cielo
que algunas veces
cae
para arrastrarnos.

Sed de eternidad
en forma de hojas
empolvadas
que a poco se quiebran.

Amor en rizos
y sueños plateados
llenos de la humedad
del trópico de tu voz.



Se abría el cielo
a pedazos
entre las nubes.

El estanque subió a coronar
las alturas
y su pleamar
iba manchando de brea
mi mirada.

Sentía sed
y calada de algas
habitaba en la luz
que sus membranas
escupían, en luz
cegadora de agosto
al atardecer.

La atmósfera
se podía comer
cuando se posaba.

Las alas se volvían golondrinas
y volaban entre los labios
dando vueltas por dentro
a tu presencia, palabra
diluida, transparente
y en paz.

El banquete de deshacía
en los sonidos mudos
que de tus nubes
caían,
alimentaba el espacio
que umbrío, de sol
se llenaba.

Y sentía
que te seguía más allá
de lo que la vista alcanzaba.

Era el monasterio perdido que
por ti,
a base de cantos y horas
por dentro se afinaba
entre nubes, esponjas
que descargaban

luz sin piedad
sobre la orilla,
amor inmenso,
playa
desnudo
amor
cielo.



Ardías sobre el cristal
y el invernadero como horno
quemaba la mañana.

El cielo se prendía con tu mirada
y la lluvia comenzó a precipitarse
por dentro de los vidrios
dulcemente,
sobre las plantas recién nacidas,
sobre las pequeñas matitas
germinadas hace horas.

Me fundía por momentos
con el aire
llena de luz y de fuego,
calada de torrentes,
sintiendo mi filiación
con las abejas
que van libando
lo que dejas,
perdido
entre las cosas.



De repente estabas
en el balcón, mirándome.

Lo infinito rodeaba
tu presencia,
reflejando el sembrado humano
en el iris de tus ojos
que me invitaban
a volver contigo.

Despliegas tus alas
ronroneando
como un palomo.



Miraba el cielo
y era un papel donde escribías.

Los manzanos iban
describiendo en frutos
lo oculto de tu belleza.

Era plano tu aspecto
blanco y transparente,
y la luz viviente
iba recitando en cada brote
la vida que se escapa
de las yemas
de tu amor.

Blanco en el firmamento
y yo avanzando entre las pequeñas ramas
desgajadas del cielo,
arañando con los ojos
por perseguir tu vuelo
como oropéndola sobre las hojas
volando en pos de la luz.